

Leer y traducir: del *soft power* al *poder suave*

Rossana Reyes

Reading produces similar effects to hearing language —people construct mental simulations of what the things described would look or feel or sound like.

BENJAMIN K. BERGEN

On Language and Parallel Image Formation

Quién es el autor, sobre qué escribe y para quién son las preguntas que se hace el traductor al comenzar a traducir. Las primeras páginas del texto original se presentan como un camino incierto que se recorre a tientas, tratando de encontrar algunas piedras firmes en las que se pueda anclar un lenguaje. En esta primera etapa el traductor va conociendo paso a paso al autor, pues es éste quien indica la trayectoria de su pensamiento plasmado en esas páginas. Hay escrituras claras, sencillas, directas, sin retruécanos; otras son complejas, sugerentes, con circunloquios ricos en imágenes, en conocimientos, o simplemente confusas, enmarañadas, y a través de ellas hay que abrirse paso. Son las diferentes personalidades de los autores, expresadas mediante lo que comúnmente llamamos *un estilo* que permite a sus lectores reconocerlos.

Diferentes libros exigen al traductor diferentes identidades. Un libro para niños y un libro de poesía requieren que el traductor represente a dos personas que emplean lenguajes diferentes. Las palabras que despertan el interés de un niño en una historia de aventuras tienen un registro distinto de las que usa el poeta en sus versos más luminosos. Así

como un actor emplea todos sus recursos corporales, gestuales y verbales para representar a un personaje, el traductor se esfuerza por representar al autor con sus recursos lingüísticos, pues en este caso el escenario está en las páginas de un libro. Lo que resulta interesante de este escenario de papel es que las palabras encuentran en un lector atento una amplia caja de resonancia. Para dar sentido a lo que leen sus ojos, la mente del lector recurre a lo que ha vivido y aprendido para crear una simulación propia, pues su cerebro ha sido moldeado por sus experiencias y su particular entendimiento del mundo. La comunicación significativa con una persona que no está presente, de quien no tenemos más que signos en el papel, es posible siempre y cuando la mente del lector pueda decodificar de una manera enriquecedora el sentido de la palabra escrita.

El traductor es en principio un lector atento con una responsabilidad añadida: al igual que cualquier lector, debe ser capaz de entender lo escrito y luego debe ser capaz de transmitirlo usando las palabras de otro lenguaje. Las palabras —esos “trozos de significado”— del idioma original deben resonar en los nodos semánticos del traductor, quien intentará representar su sentido con palabras que activen nodos semánticos equivalentes en el idioma de destino. Ése es el *quid* de la traducción: aspirar a la coincidencia semántica, procurar que las palabras resuenen evocando en el lector imágenes, sensaciones, experiencias que lo acerquen al autor y le permitan reconocer su discurso.

Soft Power, el título del libro de Joseph S. Nye, Jr., está compuesto por dos palabras presentes en múltiples nodos de redes semánticas complejas, por lo que ofrece la oportunidad de apuntar los significados que evocan, de sugerir su resonancia semántica. En las primeras líneas del prefacio, el autor se introduce como una figura habituada a frecuentar altos círculos políticos, en los que se codea con importantes líderes mundiales y presume de haber ocupado durante el mandato de George W. Bush un importante cargo en el Departamento de Defensa. Con esta presentación, el título de su libro no puede causar sino una impresión inicial desconcertante. Un alto exfuncionario de la Defensa se dispone a hablar de un poder... ¿*suave*? Joseph Nye lo ha hecho a propósito. Su primera intención ha sido tomar al lector por sorpresa, pero su objetivo más importante es desarmar el concepto de *poder*. Esta palabra que por encima de todos sus demás significados remite a la fuerza e incluso, en alguna otra

intersección semántica, a la violencia, queda despojada de todo armamento al atribuírsele la cualidad de *suave*. Entonces, ¿cómo aprehender un término tan emparentado con la dureza?

Al pensarlo dos veces, y sobre todo al emprender la lectura del libro, el lector empieza a caer en la cuenta de que un poder sin violencia quizá no resulte contradictorio. Si se examina bien la proposición, el *poder suave* es un poder que siempre ha existido en el ámbito de las relaciones personales o familiares (muchos lo asocian con alguna figura femenina). Todos conocemos a personas que con gran gentileza ejercen su poder... es todo un arte.

Consideremos luego en qué consiste un carácter suave. Lo que estas palabras evocan es indudablemente la imagen de una personalidad amable, reposada, sin asperezas, con quien uno se encuentra bien, cómodo y sin perturbaciones. Lo suave no contiene la violencia en ninguno de sus semas. En sentido figurado se aplica, dice María Moliner, “a cosas, materiales o inmateriales, libres de brusquedad, violencia o estridencia”.

Ahora bien, ¿por qué *suave* y no *blando*? Después de todo, ya que se ha descartado la contradicción aparente entre la noción de *poder* que ha sido calificada de *suave*, ¿por qué no valorar la traducción alternativa de *soft power*, que sería la de *poder blando*? En español, *soft* ha sido traducido como *suave* y también *blando*. Sin embargo, porque es una cualidad que evoca la tierra remojada por la lluvia, el lecho que se amolda a nuestro cuerpo, la molicie de un cojín que recibe nuestro peso, las mujeres cuya ruborosa y lánguida desnudez ilumina algunos cuadros renacentistas, lo blando carece de poder, no tiene fuerza, cede bajo la menor presión, se aplica a quien recibe, no a quien otorga: es la cualidad del débil. Su primera acepción es “fácilmente deformable” (María Moliner). Y un poder blando en nuestro imaginario lingüístico es un oxímoron.

En cambio, Nye escribe sobre la importancia de utilizar la cara amable del poder, que es la diplomacia, la persuasión, las manifestaciones culturales (arte, gastronomía, turismo) y la que confiere a un país una fuerza de atracción capaz de triunfar ahí donde la dureza del poder militar fracasa. Este poder será suave, pero es poder.

No es fácil medir las evocaciones que una palabra puede desencadenar en la mente de un lector. Hay un libro de Italo Calvino en el que él se imagina como un escritor que desde un plano elevado ve a una mujer

tendida en una tumbona leyendo un libro suyo. El escritor arde en ansias por saber qué le provocan a esa mujer las palabras que está leyendo en esas páginas escritas por él. Un caso de inverosímil coincidencia semántica entre dos personas es el del cuento de Borges, *Pierre Menard, autor del Quijote*.

El lenguaje tiene misterios: es completamente social y profundamente personal. Las palabras nos permiten acceder a ciertas encrucijadas en las que podemos coincidir con otras personas y compartirlas nuestros pensamientos o emociones más íntimas... aunque raramente se revelan en el otro con la fidelidad que quisiéramos; a veces solamente son pálida sombra, pero cuando coincidimos con el otro podemos sonreír de felicidad.